

Dos virtuosos del violín

BRINDIS DE SALAS Y WHITE

P O R

Miguel A. Gacel

EN un discurso que pronunciara hace más de medio siglo José María Vargas Vila, en la celebración de un acto patriótico en Venezuela, dijo éstas o parecidas palabras: «Cuando los genios llegan a la cúspide de su grandeza, no encuentran parangón ni con los genios mismos. El cielo está poblado de astros, pero el Sol es único en su grandeza». Se refería a Simón Bolívar, el hombre de la personalidad múltiple.

Al hablar de Claudio José Domingo Brindis de Salas, podemos repetir la frase del panfletario colombiano sin reserva alguna. Cuba dió grandes violinistas, pero el *Rey de las Octavas* era el Sol en el firmamento de los prodigios cubanos.

Hemos leído muchos trabajos literarios dedicados a exaltar las personalidades de los dos más grandes violinistas del pasado siglo, nacidos en tierras cubanas y las comparaciones han abundado con imperdonable atrevimiento.

José Silvestre White, el ilustre matancero, fué una luminaria que más brilló en cielos foráneos que en el suyo propio, lo mismo que *el artista de ébano*. Pero no siguieron líneas paralelas, sus rumbos eran distintos, sus temperamentos no se acoplaban al mismo cartabón técnico, ni la potencialidad de sus alas les permitían los mismos vuelos.

La presencia de Brindis de Salas en un concierto imponía respeto y despertaba admiración al instante. Su elegante continente y sus maneras señoriales, le daban un aire principesco, y cuando pasaba el arco por las cuerdas hacia vibrar hasta los más duros corazones. Muchas veces los selectos auditorios que lo escucharon, se veían imposibilitados de aplaudirlo, y las palmas rompían pasado un rato de terminada la ejecución maravillosa. De ahí que se nos antoje pensar que lo mismo pudo ser él el «Paganini Negro», que «Paganini, el Brindis de Salas Blanco», si la fecha del nacimiento, no los colocara tan distantes. Brindis nació doce años después de muerto Paganini.

Pero como condenamos las comparaciones, no aceptamos el calificativo y dejamos sólo a Brindis de Salas en el predominio de su reinado, en la órbita extraordinaria de su grandeza, unos cuan-

tos puntos más alto que el más encumbrado de sus colegas, porque fué tan personal y absoluto, que los más exclusivos dilettanti se inclinaron a su paso, como si fuera un ser sobrenatural que invadiera los salones de los más entendidos musicólogos de su época.

No restamos méritos a Julián Jiménez, padre del glorioso pianista José Manuel Jiménez; José Domingo Bousquet; Laureano Fuentes Matons, que era un autor de grandes vuelos; Rafael Díaz Albertini; Palma y Figueroa, que brillaron con luz propia, pero que distaron mucho de llegar a la altura de Brindis y de White,

La época en que Brindis de Salas conquistaba sus más resonantes triunfos en Europa y América, ofrecían conciertos artistas de la talla de Eugene Ysaye, Carrodos, Ole Bull, el alemán Hess, Camilo Sivori, brillante alumno de Paganini y continuador del estio de su maestro, Joseph Joachin, el famoso español Pablo Sarasate y Fritz Kreisler, que en 1890 había ganado ya varias medallas de oro, y ofrecido conciertos en las principales ciudades europeas.

Con estos competidores en boga, salidos de los más afamados conservatorios, era algo difícil abrirse paso, si no se poseían facultades extraordinarias. Y tanto Brindis de Salas como José White, impusieron su arte, pero notándose la superioridad como ejecutante del primero.

Para hablar de Brindis de Salas, hay que poner por delante el corazón, y no el cerebro. Su caso es en mucho sentimental e invita al comentario suave, tenue y triste, aunque en ocasiones su heroicidad reclame los toques de corneta de un campo de batalla.

Se ha dicho y repetido con razón, que el Arte no tiene fronteras ni razas. Cierto. Pero los artistas sí, a pesar de cuanto se argumente en contrario. Y la primera dificultad tanto en Brindis de Salas como en White, era el color de su piel, más crudo en el caso del primero, por ser negro inconfundible.

De ahí que tengamos que suponer la magnitud de la línea de resistencia que tuvieron que vencer, para colocarse a la cabeza del conjunto de virtuosos que recorrieron el mundo ofreciendo la maravilla de su arte en la interpretación de las obras más difíciles.

El proceso de aprendizaje de Brindis de Salas fué de lo más alentador, ganándose en el Conservatorio de París, el premio de honor durante cinco años consecutivos. Los profesores auguraron al discípulo un porvenir glorioso, y algunos años más tarde cuando ofreció sus conciertos en la famosa Sala Erard, la crítica lo proclamó como un verdadero virtuoso del violín.

Los públicos más refinados de Alemania, Austria, Rusia, Inglaterra y Polonia, se daban citas en las salas de conciertos para escuchar al caballero de ébano. En España, su presencia causó admiración y el gran político y tribuno don Emilio Castelar, le dedicó las más calurosas frases de elogio, y le dispensó honores de conformidad con la grandeza del genio cubano.

En su recorrido por la América de habla española, llegó a lo más alto, siendo Buenos Aires el marco donde mejor desarrolló su arte. Allí se le tuvo la consideración que se le discutía a otros artistas meritorios, y fué un verdadero ídolo. En su primera presentación en la patria de Sarmiento, ante un pequeño grupo de amantes del arte musical, fué tanta la impresión que causó, que el concierto que días más tarde ofreciera, se distinguió como el mejor, por lo difícil de las obras ejecutadas y por las extraordinarias calidades del ejecutante.

El más fiel retrato que puede ofrecerse de Brindis de Salas, le encontramos en la siguiente nota, escrita en el periódico florentino «Corriere Italiano», en la época gloriosa del artista cubano. Dice lo referida crónica: «Es un joven negro, perfectamente negro, hijo da Cuba, de un talento extraordinario y de hermosa y simpática figura; habla seis o siete idiomas. Tocó anoche en el intermedio de la ópera, dos trozos en el violín y llenó de entusiasmo al auditorio; tiene un portamento ligerísimo, una energía que lleva impresa el ímpetu de su raza. Siente, y siente con una pasión que le chispea en las pupilas que son de una expresión electrizante».

José Silvestre White, cuyo nombre despierta tantas y tan justificadas simpatías, ocupó un puesto distinguido en el mundo de la música y llegó a ser uno de los más respetados maestros de su época.

Nació en la ciudad de Matanzas, el 17 de enero de 1836, diez y seis años antes que Claudio José Domingo Brindis de Salas, que vió la luz primera en la capital cubana, el 4 de Agosto de 1852.

White, desde muy niño, dió visibles pruebas de su talento, y a los quince era considerado todo un consagrado, habiendo compuesto a esa edad su primera obra: una misa para orquesta. Contaba solamente 18 años, cuando ganó en el Conservatorio de París el primer premio de violín, compitiendo con treinta y nueve aspirantes. Eso fué su consagración.

El maestro Alard, profesor de dicha institución musical, en

muchas ocasiones designó a White para que dirigiera la clase de violín. Y maestros de renombre, tales como Thomas, Rossini, David Saint Saens, Gounod, y otros, que conocieron al joven cubano, le dedicaron los más caros elogios proclamándolo como una gloria del difícil instrumento.

Desde su ingreso en el Conservatorio de París, White, dividió su tiempo entre el violín y la composición, y algunos años más tarde, por resolución del claustro de profesores, se aceptaron sus Seis Estudios, para el último año de violín, porque en los mismos se «abordan las principales dificultades de ejecución. Se nota, sobre todo, en estas páginas, ingeniosas combinaciones apropiadas para desarrollar el mecanismo de la mano izquierda. El Comité aprueba estos Seis Estudios destinados a fortalecer el talento de los violinistas». Y la resolución estaba calzada por la firma de Auber, Director del Conservatorio, Beupla, Benbist, Ambrosio Thomas, Bazán, y el resto de los miembros del Comité de Estudios Musicales. La resolución tiene fecha 16 de Septiembre de 1868, precisamente un mes antes de iniciarse en Cuba, la primera guerra por la independencia. Contaba solamente White 32 años de edad.

Como maestro y compositor, José Silvestre White ha sido uno de los músicos más grandes de Cuba, a pesar de que nuestra generación sólo lo conoce por su hermosa canción «La Bella Cubana», que es una delicada pieza para encantar el oído y sublimizar el sentimiento de los hombres más duros.

Si bien como violinista recorrió toda Europa y gran parte de América, su más saliente aspecto descansa en su capacidad como pedagogo. Fué un maravilloso ejecutante, que abordó en todas las ocasiones las mayores dificultades del violín, y su nombre se asoció al de los más destacados intérpretes de la segunda mitad del pasado siglo, pero fué siempre el *profesor* por excelencia.

Recibió honores inestimables, tales como el de ser invitado a tocar su maravilloso Stradivarius en el Palacio de las Tullerías ante Napoleón III y Eugenia; en el Palacio Real de Madrid ante la Reina Isabel II, que le concedió la Gran Cruz de Carlos III y le obsequió con una botonadura de brillantes.

Fué un sapiente creador de escuela y a su paso por la vida dejó una estela luminosa, que ni el tiempo ni los grandes compositores de generaciones sucesivas pueden borrar.

Brindis de Salas era un bohemio, un desorganizado orgulloso, y fuera de su trabajo de ejecutante, no dejó nada para la posteridad. Pero fué el violinista por excelencia, el Rey de las Octavas, que mu-

rió pobre, sucio, abandonado en un hospital de la patria de Sarmiento, guardando en un bolsillo de su estropeada chaqueta una papeleta de empeños de su famoso instrumento, y el carnet de Caballero de la Legión de Honor de Francia.

Hoy, pasados muchos años de la época en que vivieron esos dos talentosos músicos cubanos, se recuerda su gloria y se preparan en la Habana, a celebrar dignamente el centenario del nacimiento de Brindis de Salas en 1952, ya que en 1936, no se pudo hacerlo en memoria de White, por el estado revolucionario que sufría el pueblo de Cuba.